

C O N S U L T O R I O

M O R A L

Atendiendo a repetidas insinuaciones de algunos lectores reanudamos este año 46 la sección "Consultorio Moral", interrumpidas varias veces en SIC.

En ella seguiremos respondiendo a las consultas que se nos dirijan sobre puntos de moral o de formación religiosa y cultura católica en general, siempre que se estimen de interés universal. Las de carácter más restringida y personal se remitirán por correo, si se nos facilita la dirección postal del consultante.

Aprovechamos esta ocasión para estimular a nuestros lectores nos honren con su correspondencia, teniendo en cuenta que contribuirá notablemente al interés de esta sección, cuanto más variados sean los medios de donde broten las consultas.

LECTURAS PARA MI HIJA. — Como se lo indiqué a Ud. de palabra cuando me formuló la consulta, voy a reanudar la sección de consultas de SIC con la respuesta a la suya. Me parece muy interesante el caso de una mamá que se preocupe de las lecturas de su hija. Y me propuse publicarla para ver si su ejemplo contagiaba a otras y otros. ¡Cuánta toxina ingieren hijos e hijas (y hasta los papás) en lecturas sin control ni selección! Las estadísticas de divorcios y suicidios y crímenes pasionales lo constatan. Otras estadísticas más delicadas e íntimas de moralidad, de naufragios del pudor y de la honestidad no se han escrito, pero es algo que rezuma la atmósfera. Inquestionablemente al cine corresponde en primer término el influjo en este fenómeno, pero las lecturas le disputan la eficiencia disolvente y muy frecuentemente complementan la acción de aquel.

De paso, señora mamá, permítame aconsejarle y en Ud. a todos los que se asomen a estas páginas y puedan con su consejo influir en la juventud, que, como controla Ud. la calidad de lecturas de sus hijos, les

tase también, si puede, su cantidad. Los futuros esposos de sus hijas se lo agradecerán. Están saliendo estos últimos lustros unos modelos de "mamaítas-fantasia", hiper-líricas, que saben muchísimo de letras, pero ¡pobre marido! que no les pida la prosa de una menudencia doméstica para su vestuario o para su mesa. Por supuesto, los bebés que tengan alas de Angel porque su mamaíta sufre nóuseas.

Directamente ya a las novelas por las que Ud. pregunta.

Palacio Valdés — "Sinfonía Pastoral". —

Pueda Ud. ponerla en manos de su hija. Tal vez sea de lo más lindo que ha salido de la pluma del novelista astur. Resulta de gran ejemplaridad la actitud de D. Antonio Quirós, el padre de Angelina, protagonista de la novela. Esta, mimada y delicaducha hija única del opulento indiano, originario del pueblecillo El Condado, en el valle de Laviana, (Asturias) arrastra en Madrid una vida frívola y antihigiénica que amenaza gravemente su salud.

El inquieto y amante padre, aconsejado por el cardenal Fray Ceferino González, paisano y amigo suyo de la infancia, administra a Angelina la receta de "trabajo y pobreza" haciendo creer a la muchacha que él está totalmente arruinado y enviándola a casa de sus tíos, en su pueblo natal, sin revelar a estos tampoco la verdad.

La señorita, acogida con gran cariño y alegría por sus buenísimos tíos y por sus primos Telésforo y Carmela, se aclimata pronto a la nueva vida, recobra su salud y se convierte en una perfecta aldeana, asistiendo gozosa a las faenas y fiestas rústicas e inspirando simpatía a todo el mundo.

Gustavo Manrique, crapuloso vividor cortesano, estando prometido a Angelina, había roto groseramente sus relaciones con ella, creyendo en la ruina del padre; mas, al enterarse casualmente por un hermano de Fray Ceferino, de la comedia ideada en beneficio de la muchacha, se presenta en el

pueblo fingiéndose muy enamorado. Descubierta a tiempo la desfachatez del sinvergüenza, Angelina lo desprecia, y se pone en relaciones con su primo Telésforo, convenciendo al señor Antonio, cuando regresa de Cuba para que autorice su matrimonio y la deje quedarse a vivir definitivamente en el pueblo. El padre accede a todo bondadosamente.

Haga Dios suenen en muchos hogares nuestros estas sinfonías, si no pastorales, si muy hogareñas, con la poesía realista de una casa bien administrada, una casa radiante con la verdad de un sincero y cálido amor conyugal.

La Aldea Perdida. — (del mismo autor).

También es un canto entusiasta a la vida recia y sana de aldea, pero no resulta tan encantador como la anterior "sinfonía". Ni literaria ni moralmente. No es que resulte inmoral, pero tiene dos escenas, dos solitaciones al pecado en que triunfa la dignidad de la protagonista, que no hubiera perdido nada el arte si no hubieran escrito y la honestidad hubiera ganado quilates de esplendor.

Literariamente, quizá haya recargado las tintas para asentar la tesis que pretende. Quiere exaltar la poesía y nobleza de la sencilla vida aldeana sobre la vida materializante de la industria moderna y la vida de lujo en la ciudad. La explotación de las minas asturianas arrasó lo pintoresco del vivir castizo regional, idealista, íntimo, cordial, amable. Pero produce, a nuestro entender, una impresión excesivamente truculenta la descripción de la reciedumbre de los temperamentos de la juventud. Queda el ambiente muy recargado de peleas de lo más sangrientas y desforadas que se repiten casi sin interrupción. Para remate, el desenlace trágico de los dos amables protagonistas, muriendo sangrientamente el mismo día de su boda, deja una impresión desapacible en el espíritu.

Pero estos reparos son de tipo sentimental. En lo moral hemos insinuado la ligera salvedad que va consignada líneas atrás y que podrá ser superada por la edad y la recta formación de los lectores.

Obras Completas. — En general no es recomendable para la juventud la moda tan acogida de publicar en un sólo volumen todas las obras de un autor. Tipográfica y estéticamente resulta insuperable, de manejo comodísimo, y económicamente tentador. Pero tratándose de autores que en algunas de sus obras ofrecen reparos en punto a moralidad o a ideologías, comprenderá Ud nuestra reserva.

Dostoiewski, F. — "Noches Blancas". — Nada hay censurable en la novela, pero su lectura requiere la base de una buena formación.

Casi toda la novela es un diálogo amoroso. Un bello romance interesante y sugestivo y todo un canto al desprendimiento, cuando en esta renunciación va la felicidad de los demás.

El contraste y estudio psicológico de los dos personajes es magnífico.

West, Hugo. — "Oro". — Esta es la mejor novela, tal vez, del insigne novelista argentino. En ella, el autor se propone mostrar al público la eterna verdad judía en lucha contra la doctrina cristiana.

Un argumento interesantísimo que se sigue con sumo agrado, teje la trama en un ambiente bíblico, de gran mundo, para terminar en unas bellas escenas fiel reflejo del Congreso Eucarístico de Buenos Aires.

Deben leerla cuantos crean poseer cierta cultura.

Archivo de Información Literaria. — Lo poseemos en nuestra redacción y atenderemos con sumo gusto desde estas páginas a cuantos nos soliciten informes sobre moralidad de obras, y en general, como anunciábamos al encabezar esta sección, otras consultas provechosas.

LAS LLAVES DEL REINO

por A. J. Cronin.

—¿...?

—No sabe Ud a qué atenerse?

Francoamente, resulta desconcertante la lectura de esta obra. No cabe duda que Cronin, excelente católico, que cuenta entre sus familiares próximos un sacerdote ejemplar, ha querido inmortalizar la epopeya abnegada y noble de una vida sacerdotal.

Es lástima que hayan influido en la pluma maestra del escritor inglés prejuicios o reacciones psicológicas que desenfocan desafortunadamente al héroe y enturbian la tesis.

El argumento de la novela se resume en la historia de la vocación y de la actividad apostólica, accidentada y exuberante del P. Francisco Chisholm.

Se le siente preocupado a Cronin desde las primeras páginas hasta las últimas por presentarnos a su héroe como un tipo nuevo de sacerdote, tolerante y comprensivo, con mites tan peligrosos a su amplitud de espíritu, que a veces llegan a los del dogma

(rebasándolos en alguna ocasión). No sabemos, por ejemplo, cómo pueda sostenerse en sana ortodoxia la tesis que taxativamente formula "Dios no nos juzga por lo que creemos sino por lo que hacemos". Y estampa este aserto defendiendo el ateísmo pertinaz de un personaje de su novela, aun a la hora de la muerte.

Bien está que fustigue el cristianismo huero de "uno que va a la iglesia un día cada siete y los otros seis se dedica a mentir, calumniar y engañar a sus semejantes". Tan erróneo es defender que basta para salvarse "la fe sin obras, —conocido error protestante—, como el sostener que bastan éstas sin la fe. No es que exija la teología católica para la salvación el conocimiento y aceptación de todos los misterios y dogmas de su credo, para el que inculpablemente no se ha podido enterar de ellos, pero sí el conocimiento rudimentario de que existe un Dios remunerador y ello fundado de alguna manera en el testimonio divino.

Que a un novelista se le deslice la pluma transitoriamente en una afirmación teológica, no es ya para llevarlo a la hoguera de la Inquisición. Pero al martirillarnos éste con tan premeditada pertinacia su posición equivocada, valiéndose para su intento de los fecundos recursos de su arte consumado, si queremos llamar la atención para prevenir a los incautos o a los indocumentados.

Es asimismo injusta su actitud ante las diversas figuras eclesiásticas que se proyectan en sus páginas, sobre todo las del alto clero. Sabido es que la infancia y juventud del autor de esta obra fueron de absoluta indigencia. Pudo obrirse pso en la vida gracias, entre otras cosas, a la ayuda de un tío suyo, sacerdote católico, de modestísima posición también y muy maritativo. ¿Será algún complejo el que inspiró estas pince-ladas?

Aparecen muy abultados defectos, que no dudamos hayan existido más de una vez en los ministros del altar, pero que, al agruparlos y al recargar los contrastes y al contagiarlos de ellos a casi todos los que se asoman a sus páginas, pueden hacer pensar al que no tiene otra idea más objetiva del clero católico, que esa es la realidad general del mundo eclesiástico interesado, pesetero, petulante, altanero, gastrónomo, intransigente, anacrónico, estúpidamente crédulo ante fenómenos, aparentemente extraordinarios, "empresarios afortunados de pompas fúnebres".

Verdaderamente lamentable este desenfoque porque, por lo demás, resulta altamente edificante y ejemplar el celo sacer-

dotal del P. Chisholm, la generosa entrega a su vocación, su vida austera, su espíritu sobrenatural, su recurso frecuente y fervoroso a la oración. Todo ello encarnado en un temperamento dinámico, tenaz, exuberante, fuertemente templado por las circunstancias rudas, en que desde la infancia le ha tocado vivir. Y en esto estriba el interés palpitante de la novela, al mismo tiempo que en la variedad de paisajes y medios en los que se desenvuelve el protagonista. Y, sobre todo, en el relieve y expresión de realista verdad humana, que traza Cronin en sus cuadros, o mejor dicho, con el aliento vitalizador que imprime a sus personajes, a su diálogo, a su psicología. Nos explicamos los éxitos excepcionales de sus creaciones. Le hubiéramos deseado un traductor más feliz para su versión hispana.

Para puntualizar más nuestra opinión, llamaríamos todavía la atención sobre el proceso en que se determina la vocación sacerdotal del protagonista. Hay que convenir que para impresionar al gran público había que incluir el elemento sentimental. Dignamente tratado, por cierto, en la novela, no tanto en la versión cinematográfica. Conviengamos que para subir las gradas del altar hoy que luchar bizarramente en el bulir inquieto de una juventud que sueña. Pero la vocación que Cronin nos presenta corre el peligro de aparecer forzada, impuesta. Y puede contribuir, tal vez, a confirmar y divulgar ese tipo de vocación sacerdotal tan socorrido en la literatura folletinesca decadente o sectaria, que encuadara en las filas del clero sólamente a los ineptos o a los fracasados y desilusionados.

Tal vez por estos reparos la Liga de Decencia Norteamericana calificaba en su censura la película del mismo nombre como no recomendable. Por contraste, en cambio leemos en una revista protestante saludan a *Las Llaves del Reino* como la obra de acercamiento y coincidencia entre el catolicismo y protestantismo (*La Nueva Democracia*, Abril, 1945).

Teniendo en cuenta estos reparos puede poner esta obra en manos de quien sepa leerla. Gracias a Dios los fueros del pudor están correctamente salvados, si bien teorizando sobre el asunto, con alguna ironía ocasional, pero que no la estimamos perturbadora.

¿Habremos incurrido en la intransigencia satirizada por el genial novelista escocés al redactar nuestra opinión sobre su obra?

F. M. L.